



UNA VISITA AL FRENTE ITALIANO

(Para LA NACION)

(Conclusión)

III

El día 19 salimos de Udine y por vía de Udine seguimos después de haber cruzado la antigua frontera italo-austriaca a Romans y luego a Gradisca. En nada se conoce cuando ha atravesado la antigua y absurda frontera. Tienen que advertirle a que cruzarla en la carretera, según recorre el automóvil, diciéndole: aquí acababa Italia y empezaba Austria. Ni un riachuelo, ni una colina, ni una depresión o elevación del terreno; el Friul latino, italiano, italo-austriaco, de un lado y de otro. Se trata del caso de que la línea imaginaria y puramente política de la frontera dividiera en dos una sola y misma cosa. Es como querer partir un corazón por lo más homogéneo de sus partes.

Pasamos por Gradisca, villa antes italiana y hoy ya reconquistada. La cima del monte Capuccio, que domina a la villa costó la vida a las nueve décimas partes de los voluntarios que fueron a cortar las alambradas de defensa. Pero al grito de: «¡avanzad!» y de «¡fuera los bárbaros!», las tierras friulanas han vuelto a ser italianas.

Saliendo de Gradisca cruzamos las aguas transparentes del río Isonzo, río sagrado, y a poco entrábamos en la región desolada y triste del trágico Carso. Aquella pobre tierra calcárea y pelada, mísera y ceñuda, que recuerda algunos trechos de las montañas centrales de la península ibérica sobre todo de Aragón, parece una tierra enferma, con una cualquier lepra geológica. Las «dolinas» mismas, aquella especie de calderas que se forman en el suelo por la acción secundaria de las aguas—y en algunas de las dolinas, cuando es grande, se han reunido los soldados—son como los hongos que en la piel de un enfermo marcan el estrago de la corrosión moribunda. El Carso, teatro de épicas luchas, es de por sí desolado y triste, ceñudo y pobre. Por sí mismo, como tierra de cultivo, no merece demasiados sacrificios. Pero se trataba de su vida y de que es el paso y acceso a otras tierras. Y allí, en el Carso, no se puede señalar línea natural de frontera. En aquella corteza terrestre conestacionada y reseca, sin agua, no hay hidrografía que pueda guiarnos.

Subíamos por una carretera de las que se han hecho para la guerra, ya que en tiempo de paz no habría llegado a sitio alguno, a donde valga la pena de ir a costa de tal camino, y habíamos cruzado antiguas—¡ya antiguas y no tiene dos años!—trincheras abandonadas ante las cuales se veían viejas alambradas ya herbumbrosas, alambradas que no se diferenciaban mucho de la pobre vegetación de aquellas soledades de sequenta caliza. Y alguna vez el caqueño de algún pobre villorrio de pobres pastores eslavos — en rigor serbios— que habitaron aquellos yerros mientras en los pueblecillos más gratos, más ricos, en las vegas ribereñas del Isonzo, eran italianas las que conducían la vida civil y las que desde luego formaban el elemento intelectual. Era triste ver otras veces bosquecillos destruidos y los pobres arbolitos, que nunca fueron muy lozanos en aquellas mesetas, elevar trágicamente al cielo sus descarnadas ramas.

Subíamos a una de las cimas del monte San Michele de donde vimos, allá, en el fondo, Gorizia entre brumas. Bajamos luego el Vallone del Carso que me recordé los distritos mineros de mi Vizcaya. En aquellos escarpes de las tristes tierras barrancos de soldados, y éstos ajetreos en sus menesteres. Eran verdaderas columnas en ebullición de tarca.

Entramos en unas trincheras por cuyo dédalo laberíntico nos guiaba un oficial. Hedor a fermentación humana trechos. En el fondo de un agujero, allá, en lo obscuro, veía una forma de hombre que dormía. Dos soldados ingleses arreglaban un teléfono. Y yo pasaba temeroso, sin dirigir la menor palabra a los soldados que, respetosísimos, nos miraban pasar. Sentíame como avergonzado de mi papel de turista de las trincheras. Como hacía calor, nos sirvieron unos vasos de agua de limón. Desde un observatorio un oficial que nos servía de cicerone nos señalaba, allá, no muy lejos, las vagas líneas por donde iban la primera línea italiana y la primera austriaca. Por mi parte, oía algo distraído estas informaciones topográficas. Sólo retenía allí, en aquellas desoladas cimas escarpadas barrancos, donde a las veces ni agua hay, teniendo que llevarla de otra parte, se habían batido los soldados de Italia. ¡Tristes ruinas las de Oppachiasella, las de Doberdo! Y de ellas, pasando por Ronchi, bajamos a Monfalcone, a ver, allí, en las tranquilas aguas del golfo de Panzani, en el seno mismo del Adriático, los stilleros que fueron austriacos.

En el puerto Rosegá, de Monfalcone, subimos a un casco de buque allí a medio construir y que sirve de obser-



vatorio. A nuestra vista se abrían el Adriático y la disputada costa. Primero Duino, sobre el mar y bajo las cofiadas montañas; Nabresina luego, más lejos el castillo de Miramar, la roca de Habsburgo, que cantó Carducci, y en el fondo, perdiéndose entre la bruma y el mar, Trieste, la meta del obstinado empeño. Y allí, en aquel casco que servía de observatorio, mientras se oía tronar el cañón a lo lejos, veníanme a la memoria los también tronantes versos de Carducci:

¡Oh, Miramar! hacia tus blancas torres llenas de tedio so el piomizo cielo, hoscas, con vuelo de siniestras aves, vienen las nubes.

El iba repitiéndome toda la oda. Y recordaba la trágica suerte de ese otro Habsburgo, del anciano Francisco José y la tragedia de Sarajevo, que puede hoy sumarse a las que Carducci re-

cordó en su canto vengador. Trieste estaba allí, a nuestra vista; Trieste está a la vista de los soldados de Italia. Sobre ella, sobre la ciudad disputada, se levanta el oscuro macizo del monte Hermada. Poco después, a nuestra vuelta a Udine, en Cervignano, hablando con el general Díaz, un fino napolitano de nombre español—él cree que portugués—que es el que manda las fuerzas destinadas a tomar el monte Hermada, nos decía de éste: «¡lo tendremos!» Y había segura confianza en sus palabras.

De Monfalcone nos dirigimos a Aquilea, a la venerable e histórica Aquilea, asiento en un tiempo del patriarcado y matriz de la iglesia véneta. Servíanos de cicerone Hugo Ojetti. Los patriarcas de Aquilea recibieron en 1077 de Enrique IV la investidura de los condados del Friul, de la Carniola y de Istria. Aquilea, austriaca hasta estallar la guerra, es, si la hay, una tierra henchida de latinidad, de italianidad.

Con religiosa conmoción visitamos la basílica de Aquilea, cuyas partes más antiguas remontan al siglo XI. El pavimento, de mosaico romano, es aún más antiguo, del siglo IV. «Cuando nuestros soldados vienen acá—nos decía Hugo Ojetti—y ven estos mosaicos teodosianos, por rudos que sean, con sólo verlos sienten y comprenden que esto es romano, latino, nuestro, y que no se podía dejarlo en manos de los bárbaros». Y la idea de hacer ir allí a los soldados de Italia, a los que han apacentado sus ojos y sus corazones con la visión de las bellezas que dejó Roma, a que vean cuán romana, cuán latina, cuán italiana es Aquilea, es una idea de la más exquisita finura. La patria por que se lucha es algo más

que una tierra sagrada, algo más que un interés de vida regalada: es también un arte que simboliza toda una historia. Y esto se puede hacer con soldados italianos, con ciudadanos campesinos de Italia que llevan en los tuétanos una tradición de cultura, por poco instruidos que sean.

Aquel solemne relicario de Aquilea, redimido ya por las armas italianas del poder de Austria, habla de la eterna victoria de la latinidad contra todos los industriales remodos de la barbarie. Y en la cripta de la basílica aquileana, ante los maravillosos frescos del siglo XII, se piensa en el largo martirio de Italia mientras fué sierva. ¿Y no ofrece acaso aquella cripta una semejanza también con las criptas de las trincheras?

La italianidad indudable de Aquilea suscita desde luego el problema del Adriático, problema que, lejos de re-

solverse con esta guerra, es muy de temer que vuelva a plantearse en nueva forma.

Es muy natural que Italia, que prosigue una política internacional realista—lo que los alemanes llaman una «Realpolitik»—aspire a hacer del Adriático un mar italiano, un mar suyo. La fuerza y la seguridad de una nación dependen hoy del número y de la calidad—más de la calidad que del número—de los puertos que posea. El que es dueño del mar lo es, económicamente, de la tierra. El que posee un buen puerto posee también en realidad la tierra interior, el hinterland a que aquel puerto sirve y da que es servido. La famosa e intrincada cuestión de Oriente, el llo balcánico, no es hoy mucho más que una disputa por la posesión de puertos. Todas las luchas de razas y de territorios quedan en segundo término. Una nación completamente interior, de tierra adentro, sin puertos ni marítimos ni fluviales, jamás gozará de verdadera independencia, siempre será como una colonia de alguna otra poderosa nación vecina.

No es un secreto para nadie que Alemania, por mediación de Austria, o más bien los dos imperios centrales germánicos, querían para su expansión, o mejor aun para su hegemonía comercial, puertos en el Mediterráneo, en el Adriático, en el Jónico, en el Egeo, o aun en el mar Negro. Tenían que retener Trieste y Pola y Fiume, lo buscaban en la Albania, ambicionaron Salónica y de Constantinopla misma querían hacer en realidad un puerto germánico a la vez que punto de enlace entre Berlín y Bagdad para invadir con sus productos el Asia. Y del Danubio mismo





querían hacer una vía austro-tudesca. Así se explica las concesiones que hicieron a Bulgaria y a Turquía hasta decidir las a que uniesen su suerte a la de esos imperios, a la suerte de la austro-tudesquería, del pangermanismo. Y para ello tuvieron que amparar la barbarie de los turcos, matadores de armenios. La Joven Turquía era más anticristiana, es decir, más reaccionaria que la vieja. Y cuando la guerra italo-turca, los dos imperios tudescos, aliados en la Tríptica con Italia, no ocultaron sus simpatías por Turquía a la vez que manifestaban recelo y desdén hacia su aliada. Por otra parte, todas las maniobras germánicas para atraerse a Grecia, todo el juego que se trajeron con el rey Constantino, tendía a mediatizar a Grecia para mejor disponer de sus puertos, sobre todo de Salónica, que ambicionaba poseer Austria. Y esa solu-

ción, que de vez en cuando se propone de declarar francos a tales o cuales puertos, no es sino un medio de disponer de ellos las naciones poderosas, las de más comercio, a expensas de aquellas otras a que los puertos nacionalmente pertenecen.

Italia reivindica sus fronteras, o mejor, sus defensas naturales, en el murallón de los Alpes, pero éstos dejan una faja junto al mar, en el Adriático, continuándose los Alpes Cárnicos en los Julianos y éstos en los Istricos. ¿No sería entonces el Isonzo un límite natural? Pero Italia pide y acaso necesita no sólo las tierras al occidente del Isonzo, donde caen Aquilea y Gradisca, sino también las tierras a su oriente. En la región montañosa que bordea el Adriático, formada de grandes mesetas escalonadas y dominada por cordilleras irregulares, no hay una línea de montaña continua que pueda indicar el reparto de aguas, el «divotium aquarum». El Carso, lejos de repartir las aguas, las absorbe. Esa triste región, agujereada toda de dolinas que excavaron las aguas, es una región sedienta. El único río cársico algo importante y de curso seguro, el Timavo, surge al norte de Fiume y desemboca en el extremo oriental de la llanura véneta. Y los abogados de la política de expansión italiana atribuyen a la Italia geográfica toda la península de Iстриa hasta los cabos de Salvore y Promontore.

Pero estos abogados, convencidos de que las razones geográficas son muy precarias, recurren a las étnicas, a las de raza. Aducen que esas costas adriáticas están pobladas por más italianos que germanos, que tudescos, que austriacos propiamente tales. Sólo que, como lo de austriaco no es una ca-

tegoría étnica, salen aquí al paso los yugoslavos, los serbios irredentos. Sí; es cierto que 400.000 italianos tienen que servir los intereses mercantiles del imperio austro-húngaro en la llanura del Isonzo y a lo largo del litoral de Trieste a Pola y diseminados por la Istria hasta Fiume, pero van bajando a esas costas eslovenas y croatas, es decir, serbios, yugoslavos. Y éstos hablan de la Gran Serbia, que para vivir vida nacional independiente necesitará sus puertos y su acceso al Adriático. Y el problema se hace tan delicado que es difícil, difícilísimo, abordar en Italia la cuestión de las reivindicaciones yugoslavas. Meramente el nombrar a Serbia resulta algo indiscreto. Y nótese el exquisito cuidado que ponen todos en hablar de eslavos en general, de croatas o dálmatas acaso, pero evitando llamarlos serbios. Y en general de la suerte de Bélgica, de su martirio, se habla mucho entre los aliados, y aun de Polonia y acaso alguna vez de Bohemia, pero de Serbia poco, muy poco. Serbia es el hueso más duro de roer.

En el fondo de esto lo que hay es que Serbia, la Gran Serbia de los yugoslavos, pueblo heroico y homérico, es un pueblo pobre, de pastores, de campesinos, con una economía muy primitiva y simple, con escaso, con escasísimo desarrollo industrial y mercantil. ¿Y un pueblo así—se dirá—para qué quiere puertos? Ellos podrían contestar que precisamente para crear un comercio y si les es posible una industria. Italia, por su parte, nación de ya poderosa y creciente industria, de comercio activo, de marina mercante, necesita para mantener su economía y para que no se la disputen, puertos en el Adriático. Estos puertos o sirven al imperio austro-húngaro, y por él al bloque germánico, o sirven a la nación italiana, y cualquier otro pueblo que los tuviera hoy tendría que hacerlos en realidad de hecho dependientes de uno o de otra. Trieste será la puerta de una arteria mercantil que lleva a la rica llanura húngara y por ella a la Europa central, porque su inmediato hinterland, las tierras montañosas que la dominan, no bastan, hoy, al menos, para dar vida a un puerto.

Es, como se ve, una lucha entre dos grandes pueblos industriales y mercantiles, y no les es fácil comprender que se les ponga de por medio un pueblo de pastores. Es como si en un magno litigio entre dos poderosas compañías mineras por la posesión de una pertenencia, de un yacimiento de mineral, se atravesara el modesto campesino dueño del suelo que cubre el yacimiento, suelo fecundado con el sudor de la frente del campesino, y éste reclama su derecho y hace ver que vive de la tierra bajo la cual está la vena de mineral. Uno y otro litigante se dispondrían a indemnizarle, y si no se conformaba le dirían: «¿Qué tenemos que ver nosotros con tus hortalizas o con los pastos de que viven tus vacas? ¿Tienes acaso medios de explotar tú la mina?» Si es que alguno de los dos litigantes no se lo asociaba para el fin del litigio.





Mas volvamos a nuestra excursión.

IV

El día 20 volvimos a salir de Udine, atravesando otra vez la llanura friulana que se perdía a la vista anegada en neblina. Los árboles parecían enormes algas o esponjas submarinas bañándose en un mar de bruma. Y en medio de esta humedad atravesamos la ancha rambra seca y pedregosa del río Torre, casi sin agua. La tierra parece una inmensa esponja. Ibamos a Gorizia.

En Cormons, pasada ya la antigua frontera austro-italiana, nos detuvimos a almorzar con el general Capello, el jefe del segundo ejército. Recio y bravo ejemplar de hombre y de caudillo, el general Capello, el que hizo cruzar a su ejército el Isonzo y apresar más de 20.000 austriacos! Es un hombre de presa y además abierto y expansivo. Procede de las tropas alpinas, fué en un tiempo también periodista y dicen que es un excelente orador. Manifestaba tanta confianza en su pueblo armado, como la que nos manifestó Cadorna. «No puedo todavía atacar—nos decía,—pero si me atacan...» Y se veía que lo deseaba. Nos expuso, en italiano—pues le rogamos que hablara su lengua, que comprendíamos todos perfectamente,—lo que es la guerra en aquellas ásperas quebradas. Había que subir agua a los soldados, y aun algunos murieron de sed. Al atacar iban los italianos con el enchillo cogido entre los dientes, hacia los austriacos que los esperaban con maza. Y al contarnoslo, se le animaba el rostro. Yo pensaba en el íntimo motivo psíquico por qué un pueblo, el latino, prefiera el arma punzante, la que saca sangre afuera, y el otro, el germánico, el arma contundente, la que estanca la sangre dentro. Capello se animaba, enorgullicándose de las gentes a que manda. Gentes que, como él, como su caudillo, nos ofrecen magníficos ejemplares de la planta humana, de lo que se puede llamar el animal racional humano. Hombreres hechos como árboles, con raíces y con frondosa copa.

Segun íbamos hacia Gorizia, por un terreno quebradísimo, cruzábamos con soldados en marcha, excelentes tipos, con convoyes de camiones automóviles entre nubes de polvo, con carros, con motocicletas.

Subimos al San Valentino, una de las cimas del Sabotino, donde aun se sostienen las ruinas de un convento, montón de piedras sobre el monte mismo, que es otro montón de ellas. Un soldado nos preguntó cuándo se acabaría la guerra. Y allí, desde el observatorio de una trinchera cavada en la rocosa cumbre, contemplamos el famoso monte Santo y la abrupta colina del San Gabriel, donde aun se lucha encarnizada. En el fondo, allá abajo, la serpiente de plata del Isonzo, cortada por varios puentes, y tras ella, oleadas de colinas y montañas que acababan derritiéndose en el brumoso horizonte; todo un inmenso mar tempestuoso que se hubiese petrificado. Y sobre el espléndido panorama, los estampidos de los cañones que desgarraban las entrañas del cielo.

«Si nos cogiera alguno—nos dijo para aquietarnos el oficial Pirelli—ni lo oríamos siquiera; el sonido llega después». Es, sin duda, un consuelo que el trueno llegue después que le ha herido a uno el rayo.

Una docena de soldados subían a hombro una bombardera, una de estas bombardas, arcaicas armas, que ha resultado de las más eficaces. Su alcance no es muy grande, tres kilómetros a lo más, pero la conmoción que causa en el aire el estallido de su bomba es terrible para deshacer defensas y alambradas. Sus efectos en la trinchera dicen que son prodigiosos. Subíanlas en piezas, a hombro, por el pedregoso sendero y se oía el rítmico silbo de uno de los soldados acallado a ratos por el estruendo de los cañonazos.

Entramos en Gorizia. Casas que mostraban al sol sus entrañas domésticas al descubierto; veíase la cama medio deshecha, la colcha sobre ella, ropas abandonadas y sobre la pared algún retrato familiar que miraba a la calle. Y esto de ver así las víveras, las enjundias de un hogar, llena el ánimo de melancolía. Que si es triste ver una casa en ruinas, en esqueleto, es más triste aun verla abierta en canal, sintiendo la tibieza de la intimidad doméstica. Al pasar nos saludaron reverentemente unos civiles ancianos que charlaban en la calle. Eran eslavos, de los habitantes que no han podido o no han querido huir. Su aire era de sumisa resignación, de resignada sumisión.

Subimos al castillo; ruinas que amenazan verse abajo y recuerdan el dicho clásico de que hasta las ruinas perecieron.

Una iglesia a la que ha respetado el estrago de los cañones. Y de allí, del castillo de Gorizia, vimos la línea austriaca en la roja colina de San Marcos. Estallaron en el aire, a menos de un kilómetro, dos nubes negras; eran dos granadas de shrapnel sobre las líneas italianas. Se rasgó estridentemente el aire sobre nosotros; era una granada que sobre nuestras cabezas iba a la ciudad. Fué prudente retirarse. «No quiero tener sobre mí la responsabilidad de alguna baja de neutrales—me dijo Pirelli—aunque bien sabían que no se puede venir a ver esto sin algún riesgo.» Mas lo cierto es que en todo pensábamos menos en el riesgo.

Visitamos al comandante de la plaza de Gorizia, que cuida de que la vida civil se restablezca en lo posible. La intelectualidad de la ciudad era italiana, los pequeños tenderos y los aldeanos de los alrededores eslavos. «¿Serbios?» pregunté y me contestó: «no sé de qué rama; no entiendo de eso». Había en Gorizia tres gimnasios: uno de lengua italiana, otro de alemana y otro de eslava. La predicación católica era principalmente en eslavo. De las calles hase borrado los rótulos en alemán.

A la vuelta a Udine alcanzamos en la carretera a una larga fila de prisioneros austriacos, muy alegres, jovencitos y hombres de edad más que





madura.

El día 21 volvimos a salir de Udine a ver otra parte del frente del Isonzo. al norte de Gorizia, río arriba. Al cruzar Cividale nos cruzó la vista el hermoso monumento a la célebre actriz trágica la Ristori, que en alrosa estatua de bronce aparece en medio de dos altas columnas de mármol—el escenario—apoyándose con una mano en una de ellas. Y luego el apacible paisaje del río que tiraba de nuestra vista haciéndonos sentir el implacable correr del automóvil, que es como el del tiempo, que no nos deja eternizar los momentos de belleza.

Desde las alturas de Planina veíamos abajo unos boscosos barrancos y un fondo de macizo montañoso que me recordaba visiones de mi infancia. Las orillas del Isonzo, llenas de caminos de guerra. De una de las escarpadas cimas de Kuk bajaba un tranvía aéreo cruzando la barranca del río. Pasamos junto a lo que fué Zagora, en una de cuyas casas estuvieron, pared por medio, italianos y austriacos más de un año. Ni de un campo ni de otro se decidían a disparar a aquella línea común, donde ambos enemigos se juntaban. Luego Bainsizza, la trágica Bainsizza, a la vista. Las pobres florecillas del duro suelo regadas de sangre; robles descarnados y suplicantes. Por allí ruinas de trincheras ya abandonadas, árboles pelados entre desnudos peñascos, bosques en andrajos, una desolación trágica. El «camouflage» de las carreteras nos impedía a trechos ver bien tanta devastación. Un carabiniero nos dijo: «¡pes peligrosos!» Y al entrar en Ravne, atravesando un pe-

queño descampado abierto a la vista y al tiro enemigos, un «tirato batuto», Pirelli me dijo: «hemos pasado el Rubicón». No sentí, como Tartarín en los Alpes, miedo retrospectivo.

En el pueblecillo de Ravne, un hospital del frente, a un kilómetro de la línea de fuego. La tragedia se espesaba. Estaban afeltándole el cráneo a un herido de la cabeza, veíasele el agujero y el pecho se le levantaba a lentísimo compás. En la sala de oficiales, en una cama, un cuerpo aun tibio cubierto del todo con la sábana y ya rígido, y en la cama de al lado un herido que al vernos entrar levantó un poco la cabeza, saludándonos con una triste sonrisa. En la sala de soldados, cuerpos tendidos, a los que más que el dolor parecía postrar una inmensa fatiga y un estupor del destino; uno a quien acababan de quitarle un metro de intestino; otro, un muchachito austriaco, prisionero, como de unos diez y ocho años, que parecía preguntar con la mirada: «¿y esto, qué es?».

A la entrada del pueblecillo de Bate, como a las de otros, una imagen de la Virgen. La Virgen o el Cristo, ya pintados en un muro, ya en alguna hornacina, contemplan la desolación.

Bajábamos por una magnífica carretera, hecha en doce días, por medio de un frondoso escarpado. En esta carretera trabajaban niños de 12 a 15 años. De la aldehueta eslava de Vrh, destruida en agosto, descendíamos a Canale, a orillas del Isonzo. «Con los italianos entran las vocales», me dijo un oficial, aludiendo a la fonética eslava de Vrh—así está escrito a la entrada

del cadáver del pueblo, con r vocal, como la de Trst, nombre serbio de Trieste—ya la fonética latina de Canale. En éste, en Canale, vimos un buen grupo de cañones cogidos a los austriacos. En la plaza de Canale, lo más del pueblo en ruinas, y sobre una fuente un Neptuno feísimo, que junto al tri-dente le han puesto un palo con un cartel en que dice: «acqua non ancora potabile».

Allí, en Canale, junto al Isonzo, vimos uno de los sitios por donde pasaron los italianos sobre catorce puentes echados a través del río. Es preciso verlo para creerlo. El río va por un barranco de escarpadísimas laderas. Mientras tendían la pasarela, el enemigo, bien parapetado en la ladera opuesta, los barria a tiros. De la rotura de un puente de ferrocarril volado pendían los raíles.

Pasados Kambresco y Sredinje, subimos a una rocosa montaña, de Sleore, en que se alzaba la capilla de Zagradan, a 1300 metros. Hoy se sube a aquellas antiguas canteras en automóvil por una carretera prodigiosamente cavada en la roca en pocas semanas; mas antes de haberse hecho la carretera subieron allá cañones de gran calibre los italianos, y los subieron a brazo, entre más de 200 hombres. Díriase increíble. Las trincheras del Zagradan aparecen cubiertas, y lo es para guardarlas de la nieve en invierno.

Desde allí arriba, desde el observatorio de las más altas trincheras del Zagradan, se abre una espléndida visión sobre el imponente macizo del monte Nero. Alzase éste, ceñudo y fuerte, como un murallón tras el cual se nos antoja que se pierde el infinito vacío, o como el baluarte de la ciudad del cielo. Sus muros a pico, surcados de vastas grietas verticales, de canales, de avalanchas, parecen defender el trono de Dios. Todo aquello habla de infinitud y de eternidad. La guerra misma, esta guerra que es como el colmo de las guerras todas, esta guerra industrializada, se empequeñece al pie del inmenso bastión. El hombre queda allí como una hormiga. Pero estas hormigas socavan esos gigantes de la tierra y se valen de ellos y los soyugan a sus fines.

En la cima del Zagradan, el comandante del puesto, un napolitano, nos dio café en un confortable refugio que para el invierno se ha construido. Allí lleva más de un año, sin haber salido de aquellas sublimes soledades. Los oficiales y soldados del ejército italiano no gozan más que de quince días de permiso al año, y los quince de una vez. Como hay quienes para ir y volver a su casa—los sicilianos, los sardos y otros—necesitan más de diez días, no se les puede dar otro permiso, y no pudiendo dársele a los unos, tampoco cabe concedérselo a otros; no se puede hacer diferencias. «Se ve que este es un pueblo muy democrático» —dijo un periodista francés que nos acompañó en esta excursión.—Y lo sorprendía que tampoco se dejase llegar a los puestos a las mujeres de los que los guardaban. Y allí, el invierno, se queda aquel oficial napolitano, viviendo como un topo en rocosas galerías y bajo la nieve.

Regresaba a Udine pensativo. Ma-





vaba en el espejo del alma el espléndido retrato de aquellas cimas rocosas, de aquellos barrancos, de los campamentos en las escarpadas laderas: como hormigueros en los muros de las ruinas de un convento, de las tiendas de campaña que se confunden con las rocas entre que se tienden, de los soldados ajetreados y polvorientos—uno, sentado sobre un peñasco, molía café—de los convulsionados esqueletos de las aldehuelas perdidas con sus vírgenes abandonadas a la entrada, de algún que otro pobre campesino que saludaba rendidamente al vernos pasar, de los pinos y castaños que festonean las carreteras, de una sangrienta puesta de sol, de las crestas del monte Negro; almenas del alcázar celeste donde se forjan las tempestades, con su toca de nubes...

Allá abajo, en el fondo, más que en el valle, en el abismo, perdíase Tolmino, deshabitada ya, y culpreaba entre abismáticos barrancos, al pie de

arrechas escotaduras, de derrumbaderos, el trágico Isonzo de aguas claras y casi cerúleas, con sus pasarelas y puentes de la muerte y alguna vez, más por alto, vagonetas colgando del cable teleférico y que semejan lentos pequeños aeroplanos sin alas. Pero allí, la naturaleza bravia, mas con braveza, serena y hasta dulce, templó los horrores de la belicosa tragedia humana. Aquella naturaleza da más grandiosidad a la guerra, pero embota su feroz crudeza. El hombre allí ha luchado con el hombre, pero ha luchado tanto o más con la naturaleza misma. El haber esculpido en la roca aquellos caminos y aquellas galerías de trincheras habrá sido con menos riesgo de vida que el haber tomado al asalto, trepando escarpes, trincheras austriacas erizadas de ametralladoras, y de donde irradiaba la muerte, pero no ha sido ciertamente proeza menos heroica.

Aquel hospitalillo de Ravne, profundo de silencio trágico—sobre el que se oye el cañoneo—y de olor a ácido fénico y a fermentación humana, no era sino un

preludio de lo que nos quedaba por ver en hospitales de Udine.

«¿Y cuándo y cómo acabará todo esto?», nos preguntábamos. ¿Cuándo se acabará por rechazar a los bárbaros a sus fronteras naturales, a sus hondos valles transalpinos, a los bosques de que hace siglos salieron para invadir las costeras tierras del sol latino? ¿Cuándo estos pueblos del vino y del aceite les contendrán en sus barreras a los pueblos de la cerveza y de la grasa?

Aun nos quedaba otro día de Udine antes de emprender la excursión al Cadore, el Tirol Italiano, y antes de visitar en Venecia las defensas de la belleza artística. Nos esperaba ver otro aspect, de la heroica lucha contra la naturaleza, la lucha contra la trágica necesidad animal, contra los estragos corporales; nos faltaba ver los hospitales en que se recompone a los pobres cuerpos humanos, en que se arregla la carne en andrajos.

MIGUEL DE UXAMINO.

